

Papel de las estrategias domésticas de consumo en el acceso a los alimentos

Patricia Aguirre

INTRODUCCION

La hipótesis que guía esta presentación es que cualquier análisis sobre las condiciones de acceso a los alimentos de los sectores pobres de la población debe tener necesariamente en cuenta las Estrategias de Supervivencia y, mas específicamente, las Estrategias Domésticas de Consumo.

Esta polémica tiene ciertos alcances conceptuales que se despliegan en una serie de posibilidades y restricciones.

La dimensión conceptual que aquí se propone es el resultado de la experiencia de las Estrategias Domésticas de Consumo de familias pobres urbanas del Area Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) en la República Argentina, durante la hiperinflación 1989-1990 y la estabilización iniciada en 1991, las que fueron relevadas mediante una investigación antropológica con metodología cualicuantitativa durante el último sexenio (1988-1994).

En los últimos veinte años, Argentina ha soportado cuatro crisis importantes que modelaron su perfil económico y social.

La crisis del petróleo de 1973 que sella el destino del tercer gobierno peronista, la de 1976 donde comienza el ajuste autoinducido del proceso militar. La crisis mundial de la deuda de 1981/1982 y las dos hiperinflaciones, en 1989 y 1990 que marca el principio del fin del proceso y las dos hiperinflaciones del 89-90 que dan inicio a un nuevo ajuste y al actual plan de estabilización que han cambiado tanto la economía argentina que muy probablemente el futuro se parezca mas a estos últimos cuatro años que a los veinte anteriores.

En la Argentina el ajuste fue rápido y estructural. En este nuevo nivel de estabilidad las tendencias cristalizan en restricciones y se reorganizan las estrategias de consumo de los hogares. Queda por resolver si las estrategias que sirvieron en el pasado serán operativas en el futuro ya que las mismas conductas que sirvieron para enfrentar una crisis no necesariamente sirven en períodos normales.

Sin duda las mayores restricciones del acceso a la alimentación pasan por la regresividad en la distribución de los ingresos, la situación del empleo, el aumento de los precios de los alimentos y la reestructuración de los mercados de consumo urbanos.

Las respuestas estratégicas de los hogares ante estas restricciones del entorno pasan por el manejo de la composición familiar, la diversificación de las fuentes del ingreso, la diversificación de las fuentes de abasto y la autoexplotación. Hay una quinta que atraviesa todas las anteriores, la organización social extra familiar: un medio para ampliar o restringir la composición doméstica, diversificar los ingresos y el abasto o soportar la autoexplotación.

Estos cuatro grandes comportamientos estratégicos no responden vis a vis a cada uno de los problemas. Varias conductas pueden responder a una misma problemática.

Las Estrategias Domésticas son la operativización, en el ámbito del consumo, del concepto de Estrategias Familiares de Vida (EFV) que alude a las conductas de las personas, organizadas en unidades domésticas, reiteradas a lo largo de su ciclo de vida, tendientes a obtener satisfactores para sus fines productivos y reproductivos. Las EFV están formadas por conductas que se eligen dentro de un rango de alternativas posibles, determinadas por la inserción de clase de la familia. Dentro de esta restricción paramétrica las alternativas serán tanto mas limitadas cuánto mas pobres sean las familias.

Retomando la exposición mostraremos los problemas estructurales del ajuste y las estrategias. Ambos se desarrollan en el largo plazo. En este sentido no nos ocuparemos de los arreglos coyunturales para enfrentar una crisis puntual sino de las Estrategias dentro del ciclo de vida familiar.

Restricciones en el empleo y el ingreso

El 85% de la población argentina es urbana, de modo que las dificultades en el acceso pasan por la generación de ingresos y por los precios de los alimentos.

Empleo

La estabilidad de los precios promueve la recuperación de los salarios reales. Pero los que están fuera del mercado de trabajo o en mercados informales no perciben este efecto riqueza sino marginalmente.

Pues bien, los desocupados abiertos y los subocupados involuntarios son cada vez más. Del 6% histórico pasamos en 1994, a tener 11% de desocupación abierta, y 21% de la población económicamente activa de los conglomerados urbanos argentinos está abiertamente subutilizado.

TABLA 1

Evolución de la tasa de desempleo por quintiles de ingresos según genero 1980-1993

años	1Q		2Q		3Q		4Q		5Q		Total	
	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M	F	M
1980	5	2	4	2	6	1	1	1	1	1	3	2
1986	12	8	6	4	7	2	2	2	2	1	5	3
1989	12	16	11	8	7	7	6	3	2	2	7	7
1992	15	13	11	8	7	9	5	4	2	1	6	6
1993	28	19	19	12	14	7	10	6	5	3	13	8

Fuente: Banco Mundial sobre datos de Encuesta Permanente de Hogares, AMBA, 1994.

La condición de actividad de los jefes de hogar es un indicador mas sensible. Por eso es inquietante que la tasa de desempleo de los

jefes del Area Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) haya pasando del 2,8% en 1991 al 6,1% en 1994. Este comportamiento no puede atribuirse a un aumento de la tasa específica de actividad, que se mantuvo prácticamente invariada en ese período. Se trata mas bien de una señal de desempleo estructural que, naturalmente, es difícil de revertir.

Pero para visualizar la profundidad de la crisis es menester introducir la evolución salarial desde 1980 a 1993. Mientras la desocupación ha aumentado, los salarios de los ocupados cayeron a su vez y, sí bien se están recuperando respecto de la hiperinflación, están aún lejos de representar los valores de 1980.

Adicionalmente existe una marcada disparidad salarial entre pobres y ricos y también diferencias redistributivas entre hombres y mujeres en las mismas posiciones laborales.

TABLA 2
Salarios mensuales por quintil de ingreso y genero
(en pesos constantes de 1993, para AMBA)

	I		II		III	
	F	M	F	M	F	M
1980	304	463	367	644	501	778
1986	286	426	372	612	468	679
1992	151	264	281	383	353	504
1993	162	289	263	401	303	541
	IV		V		Total	
	F	M	F	M	F	M
1980	617	898	1003	1767	669	965
1986	559	884	862	1578	598	906
1992	427	650	752	1212	470	637
1993	437	704	769	1313	469	700

Fuente: Banco Mundial sobre datos de la Encuesta Permanente de Hogares.

Estas tendencias en el empleo son difíciles de revertir. Antes bien, los analistas coinciden en que habrá una menor elasticidad empleo-producto y en que se reforzará la tendencia al desempleo estructural (Bisang y Kosakoff, 1993). También concuerdan en que, en un contexto de alta heterogeneidad, los salarios aumentarán -en el mejor de los casos- al ritmo de una morosa productividad o quizás por debajo de ella (Beccaria, 1993).

Ingresos

Después de décadas de alta inflación el Plan de Convertibilidad la llevó a menos del 12% anual. Al disminuir el impuesto inflacionario se promovió la recuperación del ingreso real al menos en las familias del principal agregado urbano del país, el AMBA, que es el único para el que tenemos datos.

Si bien la distribución del ingreso mejoró respecto de los años de la hiperinflación (en 1993 el ingreso promedio de los hogares bonaerenses había aumentado un 19.6%) todavía no ha logrado alcanzar las cifras del comienzo de la década del 80.

Pero la recuperación de los ingresos familiares no fué de ningún modo equiproporcional. Al contrario entre 1991 y 1993 los deciles bajos de la distribución perdieron un 1,0% los medios ganaron 1,5% y los altos apenas retrocedieron 0,7%.

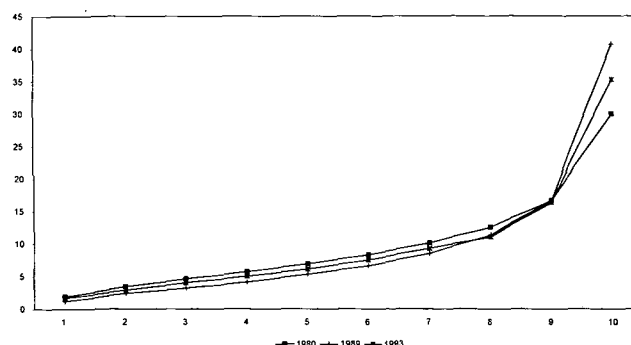
Al cabo del último sexenio la sociedad es todavía mas dual que al principio, pero la memoria horrorosa de la incertidumbre hiperinflacionaria suelta aún las diferencias mas insalvables.

TABLA 3
Evolución de la distribución del ingreso según deciles 1980-1993

Decil	1980	1986	1989	1990	1991	1992	1993
1	1,9	1,8	1,2	1,6	1,7	1,7	1,7
2	3,4	3,2	2,4	2,9	2,9	3,0	2,9
3	4,6	4,1	3,2	3,9	3,9	4,0	4,0
4	5,7	5,3	4,1	4,9	4,9	5,0	5,0
5	6,9	6,6	5,3	6,1	6,0	6,2	6,1
6	8,3	7,7	6,6	7,5	7,2	7,7	7,5
7	10,1	9,5	8,5	9,1	9,0	9,3	9,3
8	12,5	11,7	11,3	11,8	11,5	12,1	11,0
9	16,6	16,0	16,6	16,3	16,0	16,8	16,3
10	30,0	34,1	40,7	35,8	36,9	34,1	35,3
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares. AMBA, octubre 1980- 1993.

GRAFICO 1
Distribución del ingreso en el área Metropolitana de Buenos Aires
(AMBA) 1980- 1993



En 1974, en los esplendores finales de otro modelo de acumulación, las familias mas ricas (los dos deciles superiores) tenían ingresos medios nueve veces superiores a los que recibían los pobres (los cuatro deciles inferiores). Durante la hiperinflación, tuvieron ingresos que equivalían a casi diecinueve veces. La estabilidad cristalizó la relación en catorce veces, una proporción equivalente a la registrada en 1988, antes de la hiperinflación. Análogamente, en 1974 los ingresos del decil superior eran diez veces los del primero, veintiocho veces en 1989 y veinte en 1993. Es decir que pese a la estabilidad, los pobres son relativamente mas pobres que antes.

TABLA 4
Evolución de las relaciones entre deciles de la distribución de ingresos

	1974	1988	1989	1990	1991	1992	1993
Ing.alt/bajos	9,1	14,4	18,6	14,5	14,7	14,2	14,0
Ing.alt/medio	4,4	5,7	7,0	6,0	6,2	5,7	5,5
Decil 10/dec	19,8	21,3	27,6	19,2	19,4	17,7	19,7

Fuente: R. Lesser 1994, sobre datos Encuesta Permanente en Hogares, INDEC. Datos no publicados.

Estrategias domésticas frente a las restricciones de ingresos y empleo

¿Cómo reaccionan las unidades domésticas pobres ante la caída de sus ingresos?. En principio, diversificando las fuentes por las que ese ingreso llega al hogar, trabajando por salarios pagaderos en monetario y también en especies, aumentando la composición familiar para sumar trabajadores, integrando a los mercados trabajadores secundarios (mujeres y niños que en momentos de bonanza permanecerán en el hogar) aumentando las horas de trabajo de los ocupados y reduciendo el gasto. Pero también recurriendo a la asistencia social del estado, la Iglesia y las Organizaciones no Gubernamentales.

La crisis de empleo, en cambio aumentará la cantidad de trabajadores en el mercado informal que aceptan la precarización y la subocupación en todas sus formas (changas, cirujeo, servicio doméstico y actividades ilegales).

La diversificación de fuentes y formas del ingreso familiar asegura que, al no depender de una única cadena, las pérdidas puedan ser compensadas.

En la pobreza mezclas de tipos de ingresos (monetario-especies) que a veces amortiguan la restricción salarial al acceso. Los trabajadores del mercado informal (cirujas, changarines y servicio doméstico) reciben parte de sus ingresos en valores monetarios y parte en especies en forma de comidas y/o productos de valor constante.

Normalmente, son los más pobres o los trabajadores secundarios los que aceptan cobrar en especies. Hay que advertir que cuanto menor sea el salario en monetario, mayor es la dependencia respecto del empleador y menor la posibilidad de vertebrar una estrategia de consumo independiente.

En la hiperinflación, un verdadero paradigma de la crisis de ingreso, relevamos un fenómeno de corto plazo particularmente interesante: los que cobraban su salario en especies (normalmente los menos favorecidos) vieron mantenerse sus ingresos mientras que los hogares cuyos ingresos eran solo monetarios perdieron valor estrepitosamente. El pago en especie fue una suerte de reaseguro para algunas unidades domésticas.

Las fuentes de donde provienen los ingresos son múltiples y variadas:

- los mercados de trabajo urbanos -formal e informal
- la autoproducción
- las redes de ayuda mutua y
- la asistencia social

Las cuentas nacionales, al registrar únicamente los ingresos monetarios, reflejan solo en parte la pérdida de ingresos de los sectores pobres. La declinación fue aún más notoria de lo que esas cifras muestran puesto que a la distribución regresiva de los ingresos se sumó el recorte en el gasto público que reduce la asistencia social; otro complemento importante de la diversificación de las fuentes, que retomaremos más adelante.

TABLA 5

Variación de las fuentes de ingresos en hogares pobres del AMBA 1988-1994

	1988	1989	1993
M. FORMAL	43,21	30,31	23,96
M. FORMAL	38,31	39,17	61,67
REDES	5,12	4,98	7,58
AUTOPRODUCC	2,38	12,82	0,14
ASISTENCIA.	10,98	12,72	6,68
TOTAL	100,00	100,00	100,00

Fuente: Elaboración propia en base a datos cualitativos.

Mercados de trabajo urbanos

La esperanza de toda unidad doméstica pobre es colocar todos sus integrantes en el mercado formal, ya que ello les aseguraría un flujo de ingresos con relativa estabilidad además de ampliar su base de bienestar a través de las prestaciones sociales de salud y seguridad social en el futuro. Sin embargo, el mercado de trabajo formal se reduce y la tendencia a largo plazo es que el desempleo seguirá aumentando.

La alternativa de las familias pobres contra el desempleo abierto es el subempleo en el sector informal o el sobreempleo.

Dentro del mercado de trabajo informal las actividades son el servicio doméstico, la venta ambulante, la producción en pequeños establecimientos, trabajo a destajo, producción de servicios de baja calificación y corta duración pactados directamente con el empleador (changas), el reciclado de basura (cirujeo) o el ejercicio de actividades ilegales (como el robo, la prostitución o el comercio ilegal (reducidores).

El crecimiento de este sector en la Argentina de los últimos años ha sido paralelo a la caída del empleo y -a pesar de sus desventajas, ha funcionado como refugio ocupacional.

La realidad es que toda la sociedad logró mantener algún nivel de ocupación a costa de la precarización y la informalización del empleo.

Sin embargo los salarios obtenidos a través de estos mercados han sufrido también una declinación que afectó, nuevamente, mas a los más pobres y más a las mujeres que a los hombres, mas a los no calificados que a los calificados. Con excepciones (las mujeres calificadas se posicionaron mejor dentro de la caída generalizada), los ingresos de los ocupados no han recuperado el nivel anterior a las crisis hiperinflacionarias.

Algunos autores señalan que la caída de los salarios fue selectiva respecto a la calificación. Es necesario abrir la calificación por género para observar, además, la discriminación sexista.

Considerando la reducción de los salarios, la discriminación y la falta de oportunidades en el empleo pobre femenino, no es incomprendible que en períodos normales y durante el ciclo expansivo de vida familiar, la unidad doméstica privilegie en la mujer su función materna antes que su función como trabajadora.

TABLA 6
Salarios mensuales por calificación
Composición según genero 1980-1993

		1980	1986	1992	1993	% caída
No Calif	H	675	634	352	354	48
	M	518	454	312	301	42
Calificados	H	957	880	596	651	38
	M	808	690	462	482	41
Profesi- nales	H	2401	2111	1294	1640	32
	M	1268	971	988	983	22

Fuente: Encuesta Permanente de Hogares. Los salarios están calculados en pesos constantes de octubre 1993 sobre la base de la declaración de ingresos de los empleadores. Para AMBA.

Para aumentar el ingreso en estas precarias condiciones, las familias pobres terminan auto explotándose lo que tiene dos vertientes:

- aumentar el ingreso (a través del incremento de la cantidad de trabajadores por unidad doméstica y/o las horas trabajadas por trabajador) y /o

- reducir los gastos (lo que, en una estructura de consumo de supervivencia, significa sustituir con energía propia bienes o servicios que antes se compraban o, directamente, comer menos).

El intento de modificación en los ingresos es, sin duda, el camino más difícil para estas unidades domésticas que, hemos visto, arduamente ocupan los peores puestos de trabajo, cobran los peores salarios y tienen la tasa de dependencia más alta (4,4 inactivos por trabajador).

La estrategia ante las crisis fue aumentar la tasa de actividad colocando las adolescentes en servicio doméstico. Pero en la Argentina el empleo doméstico, aunque alto (6% de la población económicamente activa) parece haber alcanzado un punto de saturación.

Ante el ajuste pos inflacionario y a medida que crecía el desempleo, subió notablemente la tasa de actividad global de modo que es probable que los sectores pobres tengan ahora que competir con sectores de clase media más calificados, por lo que su desplazamiento hacia el sector informal de la economía parece inexorable.

Otra estrategia de las familias pobres es incrementar las horas por trabajador ocupado. Esta choca contra la realidad de las reducciones de horarios, de premios y horas extras en los empleos formales y la baja de la demanda informal. De manera que entre las estrategias que en el pasado resultaron efectivas esta no parece igualmente efectiva.

Hay dos temas ligados a los ingresos que merecen destacarse: la búsqueda de permanencia y el control intradoméstico de los recursos, ambos esenciales para mejorar el acceso a los alimentos.

En efecto, la discontinuidad, el trabajo ocasional y el cobro por día (común a los jornalizados de ambos mercados de trabajo) impiden una estrategia de optimización de recursos. No se puede elegir la boca de expendio seleccionándola por calidad o por precio ya que se compra al recibir el dinero, en el negocio que esté abierto cuando se termina la jornada, no dónde se quiere sino donde se puede, perdiendo las oportunidades del circuito de comercialización informal.

Una consecuencia adicional de la discontinuidad es que en estas familias se registran comportamientos del tipo «dieta de atracción» (consumir lo más posible cuando hay plata) así como mayor frecuencia de consumo de alimentos «chatarra». Ya que el ciclo de trabajo-compra-consumo es el día, hay mayor tendencia a incluir vino, cerveza, golosinas, etc. como «premios» o como compensación ante el hecho desalentador de no saber si van a poder comer algo mañana.

Junto a esto, la ausencia de tecnologías de conservación y de almacenamiento hace que cuanto compran se deteriore rápidamente. Estos tres elementos conjugados explican que los trabajadores informales negocien ingresos menores a cambio de permanencia, ya que el flujo constante de ingresos les permite planificar una estrategia donde los recursos pueden ser optimizados.

El ejemplo típico se da entre las trabajadoras domésticas por hora y mensualizadas. Las horarias ganan más pero su ingreso es altamente inestable; las mensualizadas, al contrario, ganan menos pero gozan de permanencia.

En la Argentina, al igual que en otras sociedades, los ingresos controlados por varones y mujeres tienen distintos destinos. Mientras que los ingresos masculinos se destinan al consumo familiar, gastos personales y acumulación en proporciones similares, los ingresos femeninos se destinan principalmente al gasto en comida de la familia.

Si esto es efectivamente así, se desprende que si se desea mejorar el acceso a la alimentación se deben priorizar las fuentes de ingresos femeninos o, al menos, fomentar el levantamiento de las barreras culturales que impiden que la mujer controle los ingresos en el hogar.

Autoproducción

La segunda fuente de ingresos para los hogares pobres proviene de la autoproducción. Pero la autoproducción alimentaria en ambientes urbanos es irrelevante y, con el correr del tiempo, tienden a desaparecer tanto la producción en huertas como los gallineros familiares o la caza de pequeños animales (palomas e iguanas).

A diferencia de otros países donde la huerta es un complemento importante, en los sectores urbanos pobres de la Argentina, mantener una huerta es sobreexplotar a las mujeres. Por otro lado, dado que el agua se obtiene por acarreo, el aporte calórico final de las verduras cosechadas no llega a cubrir el gasto energético de llevar el agua para regarlas.

Considerando que la tierra está contaminada y se inunda periódicamente arrastrando brotes y endureciendo el suelo, mantener una huerta es una tarea inútil ya que difícilmente puedan cosecharse los productos cuyo ciclo dure más de una estación.

Por añadidura las familias pobres no pueden invertir en cercar la huerta como no sea, con cerco de palo, por lo que las verduras son permanentemente contaminadas por los perros vagabundos o destruidas por los niños deambuladores.

Finalmente las huertas compiten con la familia en cuanto al espacio disponible (recuérdese que las viviendas en su mayoría solo disponen de un cuarto multifunción cocina-comedor-dormitorio) y la vida se realiza en gran parte en los terrenos adyacentes.

Aunque no negamos la función cultural de la huerta, desde el punto de vista alimentario no parecen una estrategia eficiente.

Esta es la perspectiva con que deben evaluarse los programas del estado.

Asistencia Social

En la Argentina la asistencia del estado fue un aporte importante a la economía de los hogares pobres.

En los últimos veinte años el gasto social ha rondado el 20% del PBI y la política pública basada en la centralidad del rol del estado, aplicada con criterios de universalidad y acceso abierto, aún con todas sus ineficiencias, contribuyó positivamente a la reproducción de los sectores populares.

Hay que hacer notar que, en la Argentina, el salario social fue un componente importante de la política de ingresos: el gasto público social per cápita aumentó entre 1941 y 1986, a una tasa promedio del 2,7% anual, muy superior al promedio del producto bruto interno por habitante que fue apenas del 1,1% anual.

En el marco de las recientes reformas macroeconómicas, el gasto social no sólo se reduce en valores constantes sino que la localización, la racionalización y la privatización de servicios dejan fuera poblaciones tradicionalmente cubiertas por la asistencia social (y alimentaria, en particular).

El gasto social per cápita de 1993 alcanzó un monto un 2% más alto que 1989 -año de la hiperinflación- y 30% más bajo que en 1980. Siendo particularmente agudo el caso de la seguridad social, que es hoy un 30% menor que hace quince años cuando ya resultaba insuficiente.

Provenza del estado nacional, provincial o municipal, de organizaciones confesionales o de organizaciones no gubernamentales, la asistencia social viene sufriendo fuertes reducciones.

En 1988 la suma de los programas aportaban a las familias de nuestro estudio equivalía a cerca del 10% de sus ingresos. Durante la hiperinflación, la asistencia se incrementó pero, en el subsiguiente marco de recortes al gasto fiscal, los hogares pobres reciben hoy cerca de la mitad de lo que recibían hace seis años pese a que sus ingresos y el empleo han empeorado.

En el AMBA el componente asistencial del ingreso familiar estaba a cargo de las madres, que invertían su tiempo en soportar la gestión burocrática de la educación, la salud y la alimentación subsidiada. En este sentido, las unidades domésticas que destinan a mujer al trabajo asalariado se limitan en su posibilidad de acceder a estos programas.

TABLA 7

Argentina: Gastos público social per cápita a valores constantes 1980-1993

(en Pesos, deflacionados según Índice de Precios al Consumidor, Base 1992=100)

Años	Gastos Públicos Social	Educac.	Cult.	Salud	Obra Social	Seguro Social
1980	1574	1614	7	139	300	5721
1985	1434	1344	8	139	310	4429
1989	1166	1094	8	139	269	2923
1990	1105	924	6	109	254	3350
1991	1106	888	6	107	246	3373
1992	1124	834	17	103	227	3985
1993	1186	804	27	81	251	1767

Fuente: Elaboración propia en base a Banco Mundial, 1994.

Nota: Las magnitudes: Gasto Público Social, Salud y Cultura se consideran en relación a la población total. Para las restantes se toman poblaciones específicas.

Hay que remarcar que de todos los gastos sociales los destinados a programas alimentarios son los mas progresivos.

TABLA 8

Distribución del gasto social per cápita por quintiles de ingreso 1993
(Promedio Nacional =100)

	Quint de Ingreso					Total
	I	II	III	IV	V	
Educación	127,1	96,7	97,6	84,6	79,6	100,0
Salud	143,3	84,7	122,3	85,6	31,1	100,0
O. Social	78,3	11,5	102,2	108,9	108,6	100,0
Agua	91,6	100,1	101,2	102,0	102,3	100,0
Nutrición	192,3	92,0	91,9	66,6	15,2	100,0
Vivienda	78,69	92,9	120,6	105,3	110,0	100,0
Prom. Soc.	178,3	98,6	108,8	38,4	28,6	100,0
Trabajo	66,1	83,8	92,9	144,7	144,0	100,0
Cultura	42,5	64,4	77,2	131,6	224,5	100,0
Seg. Soc	42,5	88,6	97,6	124,6	186,6	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a Banco Mundial, 1994.

Redes

Cuando las prestaciones estatales se reducen, también se hacen mas discrecionales, mas dependientes de relaciones clientelísticas de manera que las familias pobres aumentan su confianza en la ayuda que pueden recibir, no de un estado redistribuidor sino de su propio entorno, cimentan, entonces, sus redes de ayuda mútua.

Estas son redes de relaciones, basadas en la confianza de amigos, vecinos y parientes. Forman un verdadero sistema de seguridad social que canaliza mensajes, bienes y servicios desde los que más

tienen hacia las familias que atraviesan una situación crítica, quienes, a su vez devolverán los favores recibidos a sus vecinos, amigos o parientes cuando aquellos se encuentren necesitados.

Es cierto que se puede dudar de la eficiencia de las redes en los momentos de crisis generalizadas, en tanto sistemas de seguridad entre pares. Durante las crisis hiperinflacionarias los intercambios dentro de las redes incrementaron su participación en el total a expensas de la realización de los activos del hogar.

Esta es la forma que asume la acumulación en la pobreza: invertir en electrodomésticos comprados a crédito que luego se venden cuando una crisis los azota. Pero, una vez vendidos los aparatos, las redes quedaron exhaustas, sin bienes que repartir.

Las únicas redes que resultaron operativas en la crisis fueron las heterogéneas densas (formadas por gente de diferente situación económica), que canalizaron recursos desde otros sectores de ingreso.

Durante la estabilidad reapareció el crédito y los sectores pobres, tuvieron la posibilidad de planificar una estrategia de acumulación, que tradicionalmente ha pasado por invertir en la casa y electrodomésticos.

Modificaciones en la composición familiar

Otra estrategia familiar para enfrentar la reducción de ingresos, la crisis del empleo y la reducción de la asistencia social es manejar la composición doméstica.

En un país donde la seguridad social no está extendida a la totalidad de la población, y donde, las jubilaciones mínimas están por debajo de línea de pobreza, la manera de sobrevivir en la vejez es con el sostén de los hijos. De modo que la descendencia opera como una suerte de seguro social.

Pero, ¿cuántos hijos se necesitan para sostener un padre?.

Analizando los salarios promedio de los ocupados pobres y los gastos promedio de los mayores de 65 años, encontramos que se necesitan cuatro hijos (desviando aportes de sus propios núcleos familiares) para mantener los gastos mínimos de una persona de más de 65 años.

Por ende cualquier hogar pobre que tenga menos de cuatro hijos difícilmente puede sostener un abuelo. Esta comprobación alerta sobre la cuestión de si la reducción de la fertilidad en países como Argentina con deficiente seguridad social no pone a las familias pobres al borde del abismo en el largo plazo.

Por otro lado, los hijos se integran rápidamente a la producción, si no al mundo del trabajo pago, desde muy jóvenes realizan tareas de ayuda en el hogar como recolectores, guardas de sus hermanos, tareas domésticas o colaboran con los padres en el circuito informal. A los doce años una hija produce tanto como consume y a los catorce cubre su consumo y el de un hermano menor de dos años. El caso mas temprano es el de los cirulas (recolectores de papel, vidrio y tela) que a la edad de ocho años son productores netos con nivel similar a los adultos. (Quiros, 1994).

Por eso encontramos la desnutrición infantil asociada a familias extensas SOLO en etapa expansiva del ciclo doméstico. A medida que los hijos crecen su producción se integra como trabajo silencioso, no remunerado, pero de peso entre los ingresos del hogar.

Por otra parte la educación primaria obligatoria termina a los doce años pero antes la desigualdad educativa en la pobreza ha brindado a estos niños ciclos de tres horas (en lugar de las cinco horas de las zonas no pobres) por lo que los padres no sienten que el trabajo de sus hijos sea excluyente de la educación.

Este manejo de la composición familiar ha hecho que en los ciclos expansivos del empleo, los hogares pobres captaran parientes de

zonas rurales favoreciendo así la recepción e integración de migrantes o aumentarían el tamaño de la familia a través de la adopción, el apadrinamiento y la crianza de niños ajenos.

En nuestra investigación nos interesó especialmente comprobar si durante las crisis hiperinflacionaria, la unidad doméstica procuraba reducir su tamaño a través de la institucionalización de niños o ancianos o utilizando mecanismos más sofisticados, como el asesinato por negligencia u omisión.

Para deslindar la existencia de este tipo de conductas durante la hiperinflación verificamos la disponibilidad calórica de las familias contrastándola con la ingesta real de los niños, sobre todo de los discapacitados, los enfermos y desnutridos.

Ante una disminución de la disponibilidad como la que impuso con crudeza la hiperinflación, las opciones en la distribución de la comida son varias: mantener la lógica de la distribución anterior reduciendo por igual todos los consumos o, la que marca el asesinato por negligencia, privilegiar los consumos de los más fuertes en detrimento de los más débiles, lo que les causa -a la larga- la muerte.

Esta conducta no se percibió en los hogares relevados. Al contrario, en las familias donde existe una disponibilidad calórica superior o igual a las necesidades promedio del hogar los niños desnutridos, enfermos y/o discapacitados recibieron un aporte superior a sus requerimientos.

TABLA 9
Disponibilidad Calórica de los hogares y consumo de los más débiles

Tramos de variables	Disponib. en Hogares	% Kcal cubiertas
I	135	114
II	99	100
III	85	87
IV	31	70

Fuente: sub-muestra de 30 hogares sobre un universo de 1500 en cuatro asentamientos pobres del AMBA.

Cuanto mayor fue la carencia más se tendió a proteger a los más débiles. Esta conducta se realizó a expensas de la alimentación de otros miembros, las madres y los adolescentes, tendencia que continúa en el período siguiente, acentuando su deterioro. Sólo queda preguntarnos sobre las consecuencias de esta elección para las adolescentes de la hiperinflación de 1989 que son las madres desnutridas de hoy.

En los seis años que lleva esta investigación empiezan a verse cambios en la estructura por edades de la población: mientras los adolescentes varones están poco representados, las adolescentes mujeres aparecen con claro predominio. Esto no se debe a un fenómeno demográfico sino a la reducción del empleo en servicio doméstico. Estas adolescentes son las hijas empleadas «con cama adentro» que retornan a sus hogares cuando la reducción de los ingresos de otras franjas de población (fundamentalmente la clase media) deja de tener la posibilidad de contratarlas.

Precios de los alimentos

La quinta restricción que enfrentan las familias pobres es la evolución de los precios de los alimentos.

Desde fines de los 60 la cadena alimentaria, la producción, la industrialización y, recientemente la distribución están en pleno

cambio, acaso tardía y pasivamente, pero en pos de las tendencias internacionales, esto es, innovaciones tecnológicas y organizacionales, redefinición de las regulaciones multilaterales y dura competencia de las multinacionales alimentaria por los mercados (aun por los relativamente periféricos, como la Argentina).

Los lineamientos generales de esa larga e inacabada transición son la diferenciación y la diversificación de la producción y la segmentación del mercado, tanto de la oferta como de la demanda.

De modo que la industria alimentaria argentina está en plena transición hacia una economía abierta -quizás adelantada respecto de algunas otras del complejo manufacturero- pero no deja de ser un caso de reestructuración desarticulada. Eso es, un proceso regresivo, en tanto no se adecuó a la dotación de factores disponibles y a la generación de ventajas comparativas dinámicas. Y también un proceso crecientemente heterogéneo (Kosacoff, 1994).

Mientras algunos sectores modificaron la organización de la producción, incorporaron nuevas tecnologías y aumentaron sustancialmente la productividad, otros quedaron encerrados en mix de producción demasiado abiertos, inconvenientes grados de integración horizontal y escalas necesariamente ineficientes. Se trate en fin de un desarrollo desigual en una economía de enclaves.

Simultáneamente se perfilan cambios en la distribución, todavía embrionarios pero con un gran potencial si se piensa que, en Europa, los supermercados han terminado por hegemonizar y aun modificar la oferta de la cadena alimentaria. Frente a los excesivos costos de los minoristas (que les restan competitividad) los supermercados han concentrado el 65% de los gastos del consumidor medio.

El cambio que implica el supermercadismo (gestión de flujo tenso, descentralización total de la gestión y tercerización de los servicios periféricos) es a dos puntas: bajan los precios e imponen alimentos industrializados (yogures, hamburguesas, aves). Aunque todavía les falta cobertura geográfica están penetrando velozmente también en las áreas pobres, donde la diferencia de precios con los locales multifunción es enorme.

Las estrategias recientes de la industria alimentaria, en el mercado interno, se alinean a lo largo de dos vectores. Por un lado las dirigidas a los consumos masivos de productos poco diferenciados (carne, azúcar, vinos comunes). Por el otro las orientadas a la diferenciación con marcada segmentación de los mercados (derivados lácteos, aves, (Gutman- 1993). La dinámica de ambas líneas es sumamente diferente.

Estudiando el consumo aparente de los últimos cuatro años, los productos más indiferenciados (carne, azúcar, harinas, vinos comunes) tienen una evolución lenta, casi vegetativa.

No ocurre lo mismo con los productos más industrializados (aves, lácteos, hamburguesas) cuyo consumo sufre un aumento significativo, reiterándose las claves de la segmentación del mercado y la diversificación de la producción.

Desde la perspectiva del mercado, la reconversión se traduce en una segmentación que amplía la oferta en busca de nichos de consumo cada vez más recónditos. Esta segmentación de la oferta tiene su correlato en una creciente segmentación de la demanda.

Veamos como incidió esta reconversión de la oferta en los precios de los alimentos.

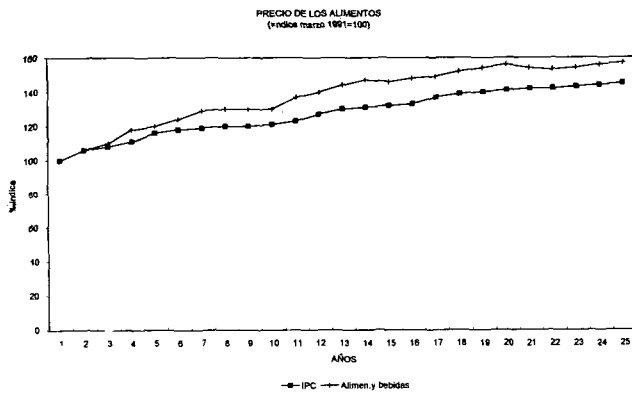
En Argentina, desde mediados de los setenta, los alimentos son caros. Este rasgo novedoso de la economía argentina, se mantuvo en la década de los ochenta y se exacerbó en la hiperinflación, la estabilidad reciente no revirtió sino parcialmente ese hecho.

El disciplinamiento del Plan de Convertibilidad fue progresivo. Los precios relativos de los alimentos crecieron fuertemente durante

1991, se mantuvieron en valores altos hasta 1993 y desde entonces iniciaron una leve declinación.

GRAFICO 2

Índice precios relativos de los alimentos y bebidas comparados con el índice de precios al consumidor



Analicemos la apertura de los precios de los alimentos según su elasticidad ingreso. Para esto hemos conformado tres grupos.

- Alimentos cuyo consumo aumenta en los deciles superiores de la distribución del ingreso (gaseosas, café, quesos semiduros, pescados y mariscos, pan envasado, peceto, etc.) típicos de niveles socioeconómicos altos.
- Alimentos que crecen con los primeros deciles y luego decrecen (arroz, huevos, manteca, facturas, paletas, etc.), típicos de ingresos medios.
- Alimentos que disminuyen al aumentar el nivel de ingreso (pan, papas, yerba mate, carne con hueso, falda, etc.), típicos de niveles socioeconómicos bajos.

Esta metodología detecta que los beneficios de la estabilidad no se distribuyeron homogéneamente, aunque si en un sentido progresivo.

GRAFICO 3

Evolución de los precios de una muestra de alimentos y bebidas ponderados por su participación en el consumo de hogares, agrupados según su elasticidad ingreso (índice, base: marzo de 1991)

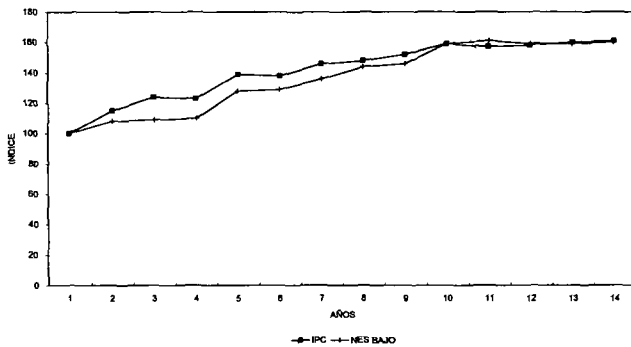
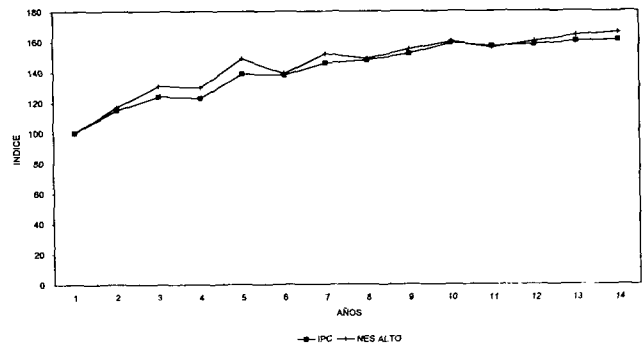
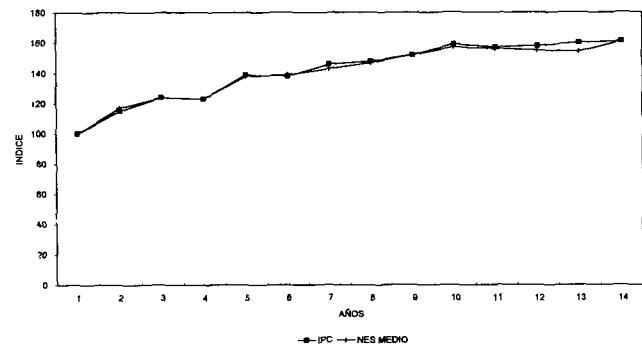


GRAFICO 4



GRAFICOS 5



Desde una perspectiva global, los precios de los alimentos acusaron plenamente la influencia de los cambios en las regulaciones impositivas que introdujo la conducción económica (ampliación del impuesto al valor agregado que pasó del 8 al 18% sin exenciones). Pero ese impacto es especialmente fuerte en los consumos populares, cuyos precios se acercaron mas al promedio .

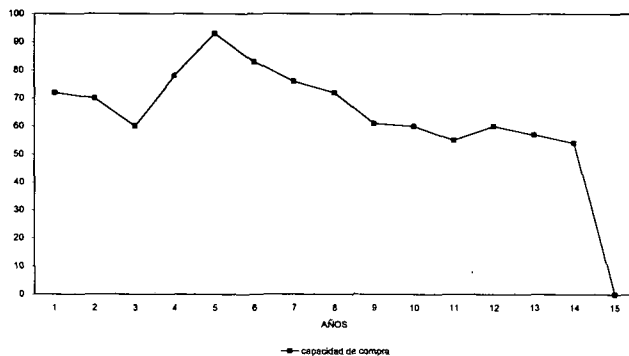
Capacidad de Compra

Crucemos finalmente los ingresos con los precios en el índice capacidad de compra.

Desde mediados de los ochenta, este indicador experimenta una caída ininterrumpida, que se prolonga en los primeros tramos del Plan de Convertibilidad. Entre 1991 y 1993, la capacidad de compra, registra una caída del 20%. Durante éste año se recompone oscilaciones dentro de una cierta banda de frecuencias cercana al 15%.

De hecho desde 1991, la curva describe una parábola simétrica a la evolución de los precios, de modo que son los precios, antes que los salarios, los que sostienen la mejoría de la capacidad de compra.

GRAFICO 6
Indice capacidad de compra 1980



Las estrategias de los hogares pobres para enfrentar el aumento de los precios también pasan por la diversificación de las fuentes, esta vez de abastecimiento.

Respuestas domésticas a las variaciones de precios

Por la misma razón que tratan de diversificar las fuentes de ingresos, las familias pobres diversifican las fuentes de abasto: por el riesgo que implica depender de cadenas únicas.

En el AMBA existen dos circuitos de abastecimiento. El formal constituido por supermercados, ferias, almacenes, carnicerías, panaderías etc. que venden productos industrializados y sufren alguna forma de control sanitario y fiscal. Y, a su vez, un circuito de abastecimiento informal tanto más importante cuanto más periférico sea el asentamiento, que comercializa, junto a productos industrializados, otros de producción casera (verduras, pan, facturas, aves, quesos, conservas y embutidos) sobrantes de la industria alimentaria (pan reciclado, huesos con carne, carcasas de pollo, patas y rabos) y alimentos provenientes de establecimientos clandestinos que operan sin control bromatológico.

Este último circuito opera a través de locales multifunción (que concentran en un solo local varios rubros como carnicería almacén y bar) en pequeña escala, con poco stock y modalidades de crédito adaptadas a las posibilidades de sus clientes. También a través de vendedores ambulantes que vocean la mercadería. O, en el caso de las carnes y aves, a través de las carnicerías formales que usan mercadería clandestina para abaratar sus precios.

Los precios en este circuito suelen ser más baratos para algunas mercancías (en general las de producción directa) y más caros para otras, dependiendo del «saber comprar» del cliente y su posibilidad de pagar en efectivo (ya que las modalidades del crédito llevan tasas usurarias). De más está decir que parte de su buen precio reside en la falta de controles bromatológicos de manera que se puede decir que los usuarios (que no desconocen esta característica) cambian buen precio por riesgo para su salud.

La estrategia de los hogares es invertir la energía de las mujeres en la búsqueda de los mejores precios de ambos circuitos. Esta conducta, en 1988, reducía el costo de la canasta de consumo de un 38% per cápita.

Durante la hiperinflación, los precios de los alimentos aumentaron en el circuito secundario un 407%, mientras que en el circuito formal solo un 269%. Esto ocurrió no solamente por la ruptura de los precios relativos (que afectó a los dos por igual) sino por la ruptura

de la cadena de comercialización y abastecimiento: durante la crisis hiperinflacionaria, los sectores de mayores ingresos absorbieron las ofertas de productos de mediana y baja calidad que normalmente se comercializaban en los barrios pobres, dejando a estos desabastecidos.

Un caso dramático lo representa el pan que aumentó en estos barrios 1011%, mientras que al nivel general lo hizo sólo un 275%. Esto se debe a que en el estado inicial estas familias comían pan proveniente de las grandes cadenas panificadoras que así colocaban sus sobrantes de producción, a medida que la hiperinflación arreciaba y mientras el gobierno subsidiaba fuertemente el precio del trigo, la industria molinera acumulaba stocks (11% más que el año anterior) al quedarse con el subsidio y produjo un crack en las panificadoras: por lo tanto el pan reciclado dejó de conseguirse y las familias debieron comprar pan común a precios para ellos siderales.

El circuito de comercialización periférico, entonces hizo crisis con la hiperinflación, quedando prácticamente destruido en julio de 1989 cuando, además, algunos comercios dentro de los asentamientos fueron saqueados.

La ruptura de esta segunda la cadena de abastecimiento en el momento que se hacía más necesaria y la forma en que se rompió demuestra que es una posibilidad pero no una alternativa, ya que depende del circuito formal y no tiene manera de mantenerse independientemente.

En los tiempos que siguieron el circuito informal se recompuso variando, sin embargo, su incidencia en las canastas

Si comparamos los precios de ambos circuitos, suponiendo que un ama de casa pudiera aprovechar al mismo tiempo las ofertas de ambos, esta ama de casa ideal optimizaría sus gastos en un 30%.

TABLA 10
Precios de la canasta básica familiar (5 personas) en diferentes circuitos de comercialización (Octubre de 1993)

	Formal	Informal	Mixta
En pesos	551	443	390
En porcent.	100,0	80,4	70,7

Fuente: Elaboración propia.

Se registra, además, un cambio en las modalidades del circuito informal que va pasando cada vez más de ofrecer productos a ofrecer comidas preparadas, intentando cubrir el nicho de mercado que brindan el cambio de hábitos de comensalidad, ya que cada vez más gente toma por lo menos una comida fuera de su casa.

La segunda forma de reaccionar ante los precios es invertir más energía para reemplazar productos con alto valor agregado.

La inversión de energía es conocida en la autoconstrucción de la casa: para una familia pobre que trabaja toda la semana, la autoconstrucción de su vivienda significa una forma de auto-explotación. Sin embargo, se toma el riesgo en tanto una vivienda de material, de mejor calidad, es sin duda una forma de acumulación, una inversión en calidad de vida y una forma de prevención sanitaria.

Es sintomática la asimetría sexual con que las familias pobres deciden invertir la energía disponible. Suelen ser las mujeres las que pagan con sobre trabajo estos bienes.

En el caso de la alimentación, se dejan de comprar alimentos industrializados para trasladar a las mujeres el trabajo de procesarlos (amasado de pan, pastas, conservación de frutas, vegetales, etc.) ya

que la mujer pobre por razones sociales y sexuales de subordinación, difíciles de revertir, funciona como la reserva de energía silenciosa además cómplice de su propio deterioro.

Otro intento de mejorar el acceso reduciendo el gasto en alimentación es a través de la sustitución de alimentos caros por otros más baratos pero con riesgo sanitario.

Una de las representaciones asociadas al patrón alimentario, que es particularmente nefasta respecto del abaratamiento, es lo que podríamos llamar «el mito de la vaca». La carne es para los argentinos «el alimento» por excelencia hasta el punto que podemos decir que nuestra forma culturalmente idealizada de la comida en el AMBA es «carne con algo».

La formación de esta representación no está exenta de criterios nutricionales, económicos y ecológicos en tanto la carne ha sido un alimento con precios relativos bajos. Pero al mismo tiempo que la carne vacuna se hacía accesible a toda la población configurándose como «el « alimento, también crecía el mito de su salubridad.

La población no reconoce que la carne vacuna pueda provocarle mal alguno. Sí lo hace en el caso de la existencia de triquinosis en la carne de cerdo u hormonas en la carne aviar, pero la carne vacuna carece, en la representación popular, de enfermedades que puedan afectar al ser humano.

La difusión de datos sobre contaminación aftósica se ve como un problema político de colocación de carnes en mercados extranjeros. De ántrax, quiste hidatídico o brucelosis no se tiene registro, por lo tanto, recurrir a la compra de carne de mataderos clandestinos no reconoce riesgos. Lo que se hace con recelo en el caso de la carne de cerdo o aviar, está bloqueado en el caso de la carne vacuna. Así no es extraño que para abaratar costos se recurra a esta «carne negra» ya que no se advierte riesgo alguno.

Existe otra estrategia pero ya al nivel de las dietas que es alternar bocados de carne y cereal, formando dietas ahorradoras de proteínas.

Otras conductas relacionadas con la comensalidad permiten «estirar» la comida. Una es el hiperprocesamiento de los productos: es conocida la relación 50-50 en el caso del aprovechamiento de los pollos en sectores de ingreso medio. Entre los pobres, en cambio el aprovechamiento es 70-30. No se desecha la piel, los huesos se hierven para sopa, los vísceras se cocinan con arroz. Lo que además tiene la ventaja de reducir la basura -todo un problema- en asentamiento marginales.

Cuanto más pobre la familia menos «platos únicos» y más comidas colectivas, la preparación en guisos y sopas, permite homogeneizar pocos productos en un único plato, cuyo contenido líquido alentarán, además, el consumo de pan para lograr saciedad. No insistiremos con estas conductas porque no mejoran el acceso, solo están destinadas a lograr saciedad.

Marco conceptual de las estrategias domésticas de consumo

Resumiendo, ante las crisis del ingreso las familias pobres utilizaron conductas de optimización como la mezcla de ingresos en especie y monetarios, el control femenino de los mismos, la búsqueda de un flujo permanente aún sacrificando el monto, y la diversificación de las fuentes.

Para enfrentar las restricciones en el empleo integraron trabajadores secundarios, modificaron la composición doméstica, y aceptaron la informalización y la precarización del empleo.

Para optimizar los precios de los alimentos diversificaron los circuitos de abastecimiento, reemplazaron productos industrializados, invirtieron más energía, hiperprocesaron los productos, estiraron la comida, formaron dietas ahorradoras de proteínas y modificaron las pautas de comensalidad.

Todas estas conductas pueden sintetizarse en cuatro comportamientos estratégicos.

- 1.- Manejo de la composición familiar
- 2.- Diversificación de las fuentes de ingresos
- 3.- Diversificación de las fuentes de abasto de alimentos
- 4.- Autoexplotación (invertir más energía para conseguir lo mismo)

Existirá una quinta pauta, la organización social extrafamiliar que atraviesa todas las anteriores siendo un medio para aumentar o disminuir la familia, para diversificar las fuentes de ingresos y abasto, y para soportar la autoexplotación.

Todas estas estrategias son conocidas, las encontramos en todas las zonas pobres. No por eso dejan de ser operativas, contribuyen a mejorar el acceso a los alimentos pero es mucho pedirles que solucionen la pobreza que, todos sabemos, es la verdadera restricción.

Podemos acordar o no con estas estrategias, lo importante no es que nos gusten sino que estas son, tal como las relevamos las conductas que ponen en juego los hogares y para ellos resultan operativas.

Concluimos entonces, en que las familias tienen un saber que ejercen cotidianamente que les permite optimizar sus consumos en función de elecciones social y culturalmente condicionadas aprendidas y transmitidas en el seno de los hogares y puesto en práctica y adaptado a las circunstancias del entorno.

Este saber vital acerca de como mejorar su acceso debe ser respetado y recuperado para hacer educación alimentaria. Con la población y no para ella. La condición es que la educación alimentaria sea encarada como una «oferta ética» para que las familias la usen como herramienta para mejorar sus estrategias domésticas, que sin duda se beneficiarían sabiendo más acerca -para retomar un ejemplo- de las enfermedades que puede transmitir la carne vacuna.

Mientras que lo común es que el desconocimiento o -lo que es peor- la desvalorización de este saber lleve a una educación alimentaria autoritaria, idealista y/o poco práctica.

Pero las estrategias domésticas de consumo no son solo estrategias para mejorar el acceso. Porque si bien, comer es primero, no solo de pan vive el hombre. Las familias pobres no quieren comer solamente, quieren comer como un medio para el fin último que es su reproducción social.

Para llegar a sobrevivir y reproducirse con la mayor calidad de vida que puedan obtener con sus escasos recursos, necesitan mucho más que comida. Por eso las Estrategias de Consumo se integran en y son dependientes de las Estrategias Familiares de Vida tanto conceptual como metodológicamente.

Porque no hay tal autonomía de lo alimentario, para lograr maximizar la ingesta se ponen en juego conductas no alimentarias (demográficas por ejemplo) y al revés el mejoramiento en vivienda, agua, excretas se traducirá en mejoras en la alimentación y en la salud.

Veamos ahora ciertos componentes del concepto de estrategias que deben ser aclarados.

- 1.- Las estrategias son construcciones, inferidas por el investigador basándose en las conductas que desarrollan las familias.
- 2.- Son conductas colectivas de las familias, no de los individuos y la unidad de análisis debe coincidir con la unidad de reproducción: el agregado familiar, hogar o unidad doméstica. Porque la estrategia primaria consiste en organizarse en unidades domésticas, con división del trabajo y complementariedad de roles. Las personas no sobreviven solas, sobreviven en agregados sociales y entre ellos, ya es sabido, las unidades

domésticas, familias u hogares han sido el lugar de la producción y de la reproducción física y social del homo sapiens.

Es cierto, encontramos violencia y asimetría etaria y de género pero, conceptualmente y mas allá de los casos particulares la solidaridad y la complementariedad intradomésticas elevan la calidad de vida.

- 3.- Se desarrollan en el largo plazo, en el ciclo de vida familiar, como las pautas de fertilidad, no son arreglos coyunturales que responden a una crisis, son conductas posibles y probadas repetidas infinitamente y acomodadas según las circunstancias. Por eso, para captarlas son necesarios diseños de tipo longitudinal.
 - 4.- Todos los sectores sociales desarrollan estrategias familiares de vida, en esta presentación, por un criterio de urgencia focalizamos en la Franja de Pobreza (0,75 a 1,25 de LP) pero con otros contenidos y finalidades también las encontramos en otros sectores de ingreso.
 - 5.- Son teleológicas, suponen que la gente organizadas en unidades domesticas tienen un fin: vivir y reproducirse con la mayor calidad de vida .
 - 6.- Son conductas que se construyen en base a elecciones, racionales y conscientes pero no infinitas ni libres. Las elecciones posibles para las familias están limitadas, son un abanico de posibilidades acotado por las inserción social, la que funciona como restricción paramétrica . Por lo tanto, estas elecciones serán tanto mas limitadas cuanto pobre sea la familia.
 - 7.- Suponen el manejo de recursos escasos para maximizar la utilidad (satisfacción que esta lejos de referirse exclusivamente a la relación costo-beneficio. Tiene que ver con la satisfacción, continuidad, seguridad y permanencia de la unidad doméstica como un todo)
 - 8.- Las Estrategias de vida son sistemas de transacciones entre las familias y su entorno social, lo que desde el punto de vista teórico nos sirve para articular lo micro y lo macro social, puede llevarnos a una cuestión valorativa y considerarlas «meramente respuestas adaptativas».
- Como están íntimamente ligadas a la supervivencia y en hogares cercanos a la indigencia, toda innovación resulta riesgosa, no parece asombroso entonces que aparezcan como conservadoras antes que innovadoras.
- Y al adaptarse activamente a las condiciones sociales cabe sospechar que sean funcionales al mantenimiento del sistema en que se inscriben y no funcionales al cambio.
- 9.- No son alternativas, ya hemos visto que el mercado informal de alimentos no era alternativa al formal sino dependiente de aquel, el mercado informal de empleo urbano puede ser un refugio ocupacional pero esta fuertemente ligado a los avatares del empleo formal. De la misma manera las estrategias familiares de vida no funcionan como alternativas (con medios y fines propios) son el desarrollo de una manera de sobrevivir en la pobreza fuertemente asociada a la riqueza del resto de la sociedad . Son parte, no están afuera, y no dependen de su propia dinámica. Como sistema de transacciones, dialogan con el nivel macro desde un lugar de poder limitado. Y esto nos remite a la noción de «entitlements» de la titularidad de los derechos de los sectores pobres. Las Estrategias familiares de vida serían una forma de conocimiento y organización para mejorar esos derechos limitados
 - 10.- Para finalizar, continuando con el tema de los «derechos» (entitlements) no podemos dejar de mencionar el lugar que ocupan las Estrategias en la relación entre las familias y el estado.

Las sucesivas crisis y el ajuste posterior han redefinido no solo el ordenamiento económico sino el sistema de representaciones acerca del rol que el estado debe cumplir y lo que los ciudadanos pueden esperar de el.

En este marco la eficiencia del ajuste y el efecto disciplinador de las hiperinflaciones han justificado el recorte de aportes a la seguridad y a la asistencia social en general y a la seguridad alimentaria en particular.

Existe consenso en que el estado-benefactor ha cumplido un ciclo y es irreplicable. Pero las prestaciones estatales se basaban en un referente mas profundo: la solidaridad social (y etaria en el caso de los aportes jubilatorios) mediados por un estado redistribuidor.

Al amparo del ajuste el estado se declara ineficiente para producir bienes (lo que justifica las privatizaciones) pero también se declara ineficiente en su rol redistribuidor, y lo que es peor abdica en nombre de la eficiencia de su mediación en la solidaridad social.

La representación dominante parece ser el «cúdense usted mismo». De continuar estas tendencias las familias pobres habrán perdido una importante contribución a su reproducción. Es pertinente entonces plantear que parece excesivo tanto dejarlas libradas a la organización de sus propias fuerzas para morigerar las crisis de acceso, como además confiar en que serán exitosas.

La estrategias familiares pueden ser respuestas a las crisis, pueden -y sin duda lo hacen- mejorar el acceso a los alimentos, pero nada indica que en el futuro, en el marco de un estado que se retira, puedan sustituirlo.

Sirven para lo microsociales, para el mejoramiento en pequeño y son valiosas en ese plano pero de ninguna manera pueden ser alternativas para los efectos de las transformaciones estructurales, las grandes tendencias subterráneas del empleo, la población o la redefinición del rol del estado con los hogares.

Si una recomendación política puede hacerse después de estudiar las estrategias domésticas es que no deben ni pueden sustituir a un estado que se retira. La seguridad alimentaria debería ser un derecho garantizado por los estados nacionales no por los hogares. Porque esa es la tendencia de la historia social, que los derechos dejen de ser sostenidos por los hogares para ser avalados por los estados.

En el marco del ajuste y las representaciones individualistas y poco solidarias con que se quiere vestir al estado del futuro, la demanda de ese sistema de representaciones hacia las estrategias familiares es que se hagan cargo de una crisis que ellas no provocaron.

REFERENCIAS

1. Aguirre P & R Lesser. La Cuestión Alimentaria. Boletín Informativo Techint número 274, abril-junio 1993 Techint. Buenos Aires. 1993.
2. Aguirre P & R Lesser. Creer para Ver. Perspectivas Teóricas y Metodológicas sobre las Estrategias de Consumo de las Familias Pobres. Cuadernos Médico Sociales, número 65-66. CEES. Centro de Estudios Sanitarios y Sociales. Rosario. 1993.
3. Aguirre P & R Lesser. Después de la Hiperinflación. La Cuestión Alimentaria en la Estabilidad. Boletín Informativo Techint, número 279. Techint, Buenos Aires. 1993.
4. Banco Mundial. Argentina. The surfacing of Argentina's poor: a profile. Latin America and the Caribbean Region Country Operations Department IV. 1994.
5. Beccaria L. Reestructuración, empleo y salarios en la Argentina en Kosacoff, B. El desafío de la competitividad. La Industria Argentina en transformación. CEPAL Alianza Editorial Buenos Aires. 1993.
6. Bisang R & V Kosacoff. Las Exportaciones industriales en una economía en transformación: las sorpresas del caso argentino en Kosacoff et al. 1993.
7. INDEC. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. Encuesta Permanente de hogares . Índice de Precios Al Consumidor 1980-94.
8. Kosacoff B. La industria Argentina. Un proceso de reestructuración desarticulada. Boletín Informativo Techint número 177. Techint , Buenos Aires. 1994.
9. Quirós E & G Saraví. La Informalidad económica. Ensayos sobre antropología Urbana. CEA. Buenos Aires. 1994.